

Dion refiere que, clavados en cruz por sus vencedores, entonaban cánticos de triunfo, cual si estuvieran triunfantes en las cumbres de sus montañas. Locura cantábrica llamaba el griego Estrabon al afan por la pelea y al desprecio de la muerte. Pobres, y de tierra estéril, comian el pan de bellota y bebían el agua de sus manantiales. Las hojas secas y el heno eran toda su cama; y cambiaban unos con otros los productos y los objetos por carecer hasta de moneda. Diodoro cuenta que para fortalecerse acostumbraban á lavarse con sus propios orines. Y Silio Itálico y Lucano los tienen por terror de Roma y capaces de todas las heroicidades y de todos los sacrificios.

Hé ahí lo que Loyola debía inventar con arreglo á la complexion y al carácter de su raza y de su gente, una milicia espiritual, que llevase la triste abnegacion de sí misma, en sacrificios constantes, al extremo de ofrecer su voluntad y su conciencia, como un holocausto religioso, en aras del Pontificado y del Pontífice. No le asaltó de una vez, por súbita manera, esta colosal y reaccionaria idea. Durante la primera cura de su enfermedad, aun pensaba con deleitoso gusto en volver á los campamentos, á las cuchilladas, á los devaneos, á las serenatas de la vida militar, la cual ha menester de los auxilios del amor para desafiar á la muerte. Pero, en la segunda cura, enflaquecidas sus fuerzas y exaltado su ánimo; sobreponiéndosele naturalmente los nervios por la pérdida de su sangre; inactivo el cuerpo y activa la idea; obligado á reducirse á un triste y breve lecho; cojo ya sin remedio, comenzó á sentir cómo el mundo le habia tristemente abandonado y solo le restaba, si habia de emplear en algo su actividad turbulenta, el cielo y las cosas celestiales. Todos sus biógrafos están acordes en que, durante la primera parte de su gravísima enfermedad, hablaba el rudo lenguaje de los campamentos, divertía sus ocios con extrañas consejas, esperaba vivir de nuevo la vida alegre y gozosa, y apercibia todo su sér á las aventuras y á los combates. Los libros profanos ocuparon siempre sus ocios y distrajeron su ánimo; y entre los libros profanos los preferidos eran los disparatados, aquellos, como el Amadis de Gaula, cuyas páginas hablaban de la caballería andante y de las invenciones caballerescas. Y no hay que olvidar por cierto esta inclinacion sobresaliente de su alma, pues á ella no renunció nunca su turbulento carácter, y cuando no pudo ser caballero de la tierra, se convirtió en caballero de la Iglesia, velando sus armas espirituales

como cualquier paladin de la Edad media y estableciendo una orden religiosa de andante caballería. Como su enfermedad resultó, por la naturaleza misma de los remedios que él pidiera, crisis tan larga y dolorosa, despues que hubo agotado los libros caballerescos, dióse á leer los libros religiosos. Y en esta lectura comenzó á desprenderse y desligarse de los lazos terrenales, subiendo en raudo vuelo del inquieto pensamiento á mas sublimes regiones.

Rivadeneira mismo, su amigo, compañero y biógrafo, cuenta que apechugó, como decirse suele vulgarmente, con los libros piadosos á falta de libros profanos. Ya iba una larga pieza de su enfermedad andada; y aun se holgaba con el recuerdo y evocacion de su anterior vida y con la esperanza de rehacerla y continuarla. Si en vez de hallarse á la sombra del techo señorial, en solariega casa, donde abundaban los libros devotos y escaseaban los libros amenos, Ignacio diera con provista biblioteca de autores clásicos y romances caballerescos, acaso cambiara su vocacion y se divertiera de sus extraordinarios destinos. La raza euscara que le engendrara, el monte á cuya sombra creciera, el país de la conservacion y de la resistencia, el solariego y noble hogar, acaso explican el enigma de su vida mucho mejor que los impulsos de su voluntad íntima y las revelaciones de su conciencia.

Otro cualquiera, de inclinaciones contrarias á las inclinaciones del vasco, aun absorto en la lectura de aquellos libros, y rumiándola y apropiándosela en su mente, lo redujera todo á la mejora de su propio sér y á la contemplacion de los arquetipos eternos. Mas Ignacio de Loyola queria la accion á toda costa, y á toda prisa. Para él no tenia valor alguno el pensamiento, si no se encarnaba y vivia en los hechos. Enamorado de las lecturas místicas y morales, que distraian sus ocios, pensaba, no en meditar ideas y sistemas, sino en hacer algo de provecho. Puesto que Cristo es tan bueno, segun rezaban aquellas obras; y el dogma tan saludable y santo; y la religion tan útil é indispensable al humano linaje; y el demonio tan artero; y el infierno tan poderoso; y la herejía tan prava, necesita él, para cumplir su ministerio y su destino, constituirse, de cualquier modo, en capitán del Cristianismo y retar á descomunal batalla en el campo de lo infinito á todas las potestades del abismo. No encontró Ignacio su vocacion verdadera y su definitivo ministerio en el mundo con tanta facilidad como á primera vista pudiera

creerse por la vulgaridad, ignorante de todas estas luchas del espíritu; cuando mas en las celestiales contemplaciones se absorbía y con mas atencion escuchaba en lo invisible las armonías incomunicables, mas se presentaba, con mayor encanto y seducción á sus ojos, el recuerdo de la vida pasada, el alojamiento fecundo en aventuras amorosas, el reten de las libaciones alegres, la marcha nómada por los campos y por las aldeas, el atractivo de los combates, el culto al heroísmo y al placer, todo cuanto habia formado la delicia de sus inquietas y turbulentas mocedades. Pero transformado por la enfermedad y por la vigilia; recluso dentro de sí mismo á los empellones del dolor que le vedaban salir fuera y comunicarse con el mundo; paró mientes en que sus fuerzas flacas no le devolverian los bríos antiguos; cotejó lo que habia hecho, gallardo y sano, con lo que hacer pudiera, cojo y enfermo; decidiéndose, no á la contemplacion y á la caridad como un Francisco de Asís, penitente lleno de todas las inspiraciones y capaz de todas las melodías, sino á la desabrida y áspera guerra semejante á las trombas de su océano y á los remolinos de sus montañas.

No se le apareció el mundo, cual se le aparecia en sus éxtasis á Francisco de Asís, como una especie de poema sinfónico, en que los gorjeos de las aves se mezclaban con las estancias de los poetas, las estancias de los poetas con los cánticos de las iglesias, los cánticos de las iglesias con las parábolas de los mundos, formando todo, desde la fragancia del valle hasta la luz del cielo, un hosanna perenne é inmortal. A los ojos de Ignacio el mundo se aparece como un vasto campo de batalla, la vida como una serie de incesantes guerras, la dominacion del Universo como un asunto de competencias infinitas entre Dios y Belial, entre dos principios, no ya diversos, sino contrarios, en cuyas sendas milicias deben los humanos, los mortales inscribirse, como se han los ángeles inscrito, dividiéndose por su naturaleza en genios del bien ó genios del mal, y empeñando con sus flamíferas espadas una perdurable guerra de exterminio. Por estos pensamientos échase de ver que la naturaleza del cántabro y la profesion del soldado quedan á una, consistentes y fundamentales, en el ánimo y en el espíritu de San Ignacio de Loyola. No es un penitente que se macera, no es un místico que se absorbe y disipa en las contemplaciones celestiales, no es un filósofo á quien las ideas

referentes al tiempo y á la eternidad embargan, no es ni siquiera un teólogo que reflexiona y estudia los problemas de la divinidad y de la gracia; euscaro de sangre, montañés de origen, hidalgo de cuna, soldado de profesion, ha oido que, allá en los cielos, combaten el genio del bien y el genio del mal; que aquí, en la tierra, combaten la Iglesia de Cristo y la herejía de Lutero; que hasta en los senos de la conciencia combaten la verdad revelada por Dios y el error producido por la culpa; y sin curarse de mas, sin preguntar nada, sin saber ni siquiera inquirir cosa ninguna; como en otro tiempo cogiera el mosquete y se lo echara al ojo para contender con los enemigos de sus reyes ó de su patria, coge ahora las ideas y las esgrime como espadas de fuego en defensa de su religion y de su Pontífice, ese vice-Dios sobre la tierra.

A tal pensamiento, avergonzóse de la vida pasada, del donaire dicho con tanta ligereza, del deleite gustado con tanta deshonestidad, del mundo querido con fervor, de la ambicion tomada tan á pechos, y se puso, como dicen sus discípulos, á raer del alma todas las imágenes y representaciones feas, para convertirse de soldado del vicio y del diablo, en soldado de Cristo y de su Iglesia; pero quedándose siempre soldado, dispuesto á combatir perpetuamente y á transformar las armas en ideas y las ideas en armas.

Un rasgo distintivo de su complexion fué ya desde entonces el disimulo. Habia sentido todos estos combates y no los habia comunicado á nadie. Dentro de su alma, en las telas de su corazon, en los limbos de su cerebro, pasaban todos estos discursos sin pasar á noticia de sus compañeros mas caros ni de sus parientes mas próximos. Nada supieran sus hermanos que tanto le cuidaban, si no llegaran á industriarse de todo, viéndole á la continua en oracion, y en lecturas, y en meditaciones y en trasportes; alejándose por tal manera del mundo y sus cuidados, que tomaba la faz de aquel hombre curtido por la guerra el aspecto sereno de la bienaventuranza. Además de rezar escribia mucho, y en muy escogida letra, sobre las dichas del Salvador, de su Santísima Madre y de todos los santos, entretenándose con grandísimo empeño en dorar la letra inicial del nombre de Cristo, azular la letra inicial del nombre de María, y teñir de diversos matices las letras iniciales de los demás nombres santos, segun los varios afectos de su devocion y de su piedad.

Aficionado á contemplar el cielo, en cuya contemplacion se recreaba muy á menudo y muy despacio, sentia en su interior, á tan hermosa vista, pensamientos, por los cuales frisaba su doctrina ortodoxa con el pesimismo de los mas extraviados pensadores modernos. Cuando fijaba los ojos en nuestro hermoso hemisferio por la callada noche, y veia pasar los fugaces aerolitos como rápidas abejas áureas; lucir los amarillos y rojos planetas, seguidos de sus satélites; platear las estrellas de las constelaciones formando como dibujos de misteriosos jeroglíficos; extenderse por lo infinito la Vía-láctea, ese gran semillero de mundos, como espesas nubes de cerúleo éter, entreveia mas allá de todas estas grandes cosas, las eternas y divinas, los grupos de ángeles, las jerarquías de serafines, las legiones de mártires, los coros de vírgenes, la divinidad misma en sus tres personas, y sentia tal menosprecio por todo lo criado, que consideraba el planeta como un monton de asqueroso estiércol.

Tal era el pensamiento y concepto que aquel hombre tenia de la vida, del mundo, de la humanidad, de sí mismo; demostrando por tan veraz demostracion, cómo las ideas místicas exageradas, cual las exageradas ideas sensualistas, se confunden á una en el seno de las mismas tinieblas y llegan por caminos opuestos á las mismas consecuencias. Cuando se tiene esta idea del sér y de la vida, no cuesta ningun trabajo disiparlos en el fuego voraz de un continuo holocausto, ni desvanecerlos en la triste abnegacion de un completo aniquilamiento. En este minuto del tiempo, en esta idea de aquel cerebro, en este propósito de aquella voluntad, en esta crisis de un espíritu sobrado individual que se dispone á someter toda individualidad á una regla y á una disciplina verdaderamente anti-humanas por su organismo esencialmente mecánico y por su carácter despótico, empieza la reaccion religiosa sobre la conciencia y sobre la historia. Pero las leyes de la historia, como eternas que son, se cumplen siempre, y toda reaccion, hasta la formidable y horrible reaccion jesuítica, es impotente contra la libertad y contra el progreso.

CAPITULO V

PRIMERA PEREGRINACION PIADOSA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Con abrir cualquiera de los biógrafos mas autorizados del santo y abrir cualquiera de los libros mas caballerescos del tiempo, échanse de ver, á la primera ojeada, las relaciones entre la vida mística, tal como la concibió en su enfermedad Ignacio, y la vida errante y aventurera, tal como la practicaron los mas ó menos fingidos caballeros de antaño. Con la lectura de los libros caballerescos llenóse al héroe último de estos tiempos la fantasía de pendenencias, batallas, desafíos, heridas y empresas imposibles. Y con la lectura de los libros místicos, llenóse al primero de los jesuitas la cabeza con sacrificios, holocaustos, peregrinaciones y empresas religiosas no menos imposibles. Recatóse con cuidado el caballero andante de su familia, por las leyes naturales interesada en retenerlo á su lado; y lo mismo se recató, y por igual causa y motivo, San Ignacio. A pesar de la sequedad propia del estilo monástico, mueve á lágrimas la escena tristísima, por todos los historiadores contada, entre los dos hermanos, el mayor y el menor, de aquella hidalga y dilatada familia. Comprende sin esfuerzo el primero por las lecturas asiduas, por las penitencias diarias, por los deliquios extáticos, por los ejercicios piadosos, que va el Benjamin de los Loyolas á dejar el hogar abandonado y á irse con las doradas alas de sus ideas, como avecilla que abandona el nido, por lejanos é inaccesibles horizontes. Y una familia de aquellos tiempos, hidalga y honradísima, pero pobre á pesar de tener intacta toda su hacienda heredada, por contar nada menos que catorce hijos, familia dependiente del duque de Nájera, quien, á su vez, depende como vasallo y señor al mismo